

2416

ALEJANDRO P. MARISTANY

LA CONQUISTA DEL AMIGO

DIÁLOGO EN PROSA



Copyright, by Alejandro P. Maristany, 1916

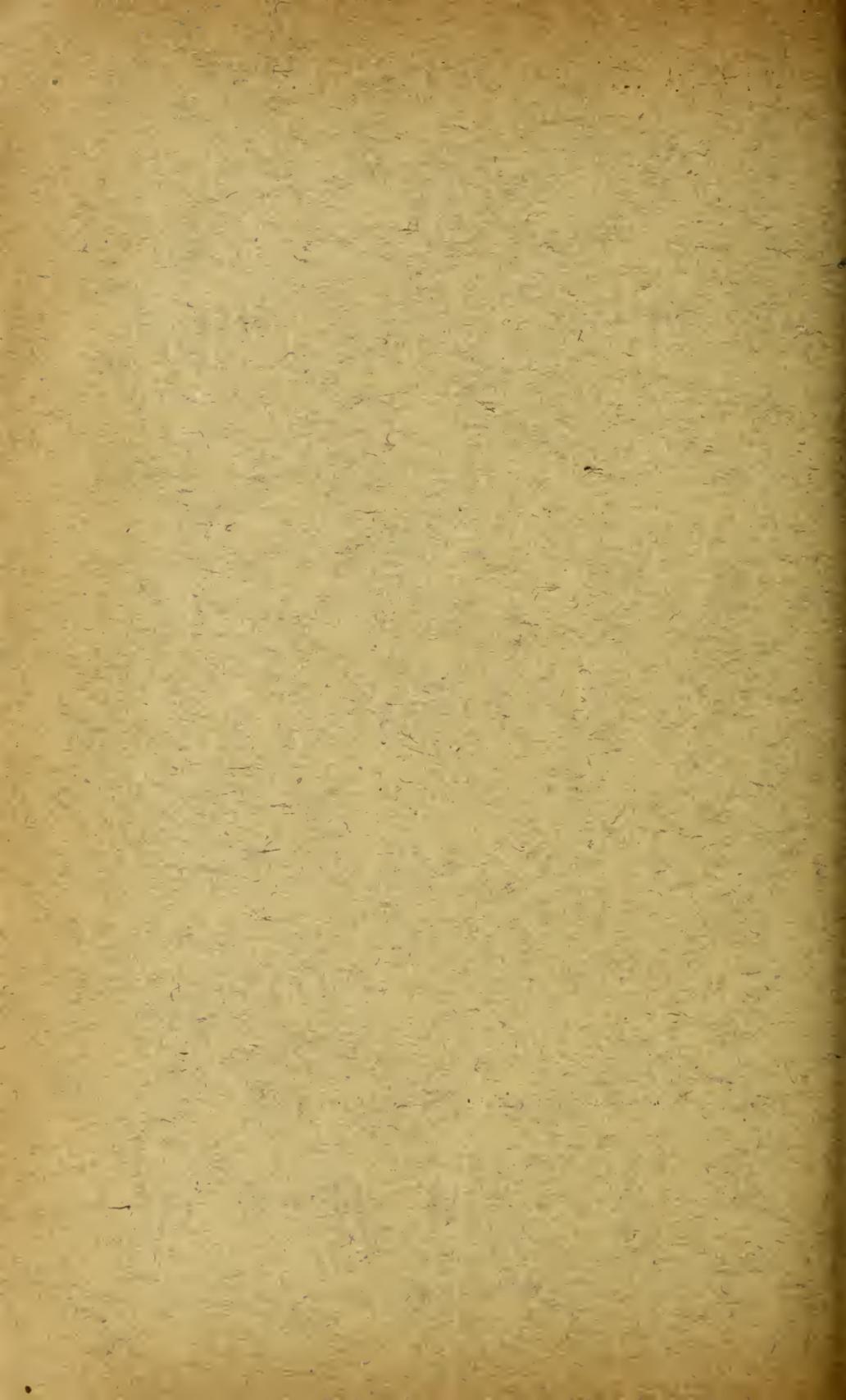
13

MADRID

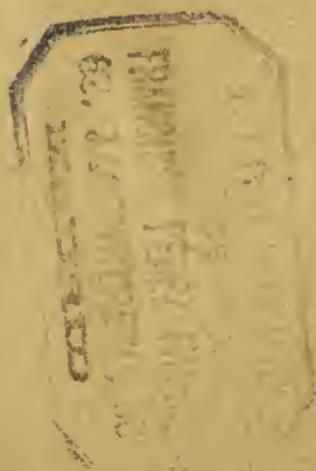
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Calle del Prado, núm. 24

—
1916



LA CONQUISTA DEL AMIGO



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CONQUISTA DEL AMIGO

DIÁLOGO EN PROSA

DE

ALEJANDRO P. MARISTANY

Estrenado en el TEATRO DE APOLO de Madrid, en la fiesta del Sainete, la tarde del 16 de Mayo de 1916 y después en el TEATRO INFANTA ISABEL



MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, NÚMERO 551

1916

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

LA MARQUESA.....	SEÑA. MARÍA PALOU.
EDUARDO VILLARÉS.....	DON ERNESTO VILCHES.

La acción en Madrid.—Epoca actual



Derecha e izquierda, del actor



LA CONQUISTA DEL AMIGO

Saloncito de soltero en casa de Eduardo Villarés, reducido, perfumado, de tonos alegres, en una palabra: «chic.» Una puerta en el foro, por la que se sale al recibidor, viéndose, cuando está abierta, la de entrada al piso, que debe procurarse tenga visos de realidad. Una puerta a la derecha, que comunica este saloncito con la habitación contigua; a la izquierda un balcón, y frente a él, una mesa escritorio llena de libros y papeles, y una butaca. Hacia la derecha una mesita, una «chaise-longue» y algunas sillas. Sobre la mesita un cacharro con flores, servicio de té y pastas.

(Al levantarse el telón nadie en escena. La puerta del foro estará abierta y cerrada la del piso. Momentos después, alguien introduce una llave en la cerradura y se abre la puerta, entrando con gran precaución y sigilosamente EDUARDO VILLARES. Mira asustado a derecha e izquierda y avanza muy satisfecho. Dentro ya, se acerca a la puerta del saloncito y convencido de que está sólo, lanza un ¡ay! de satisfacción y va a sentarse en el sillón que estará junto a la mesa de escritorio. Villarés es un muchacho de treinta a treinta y cinco años, soltero, alegre, simpático, elegante, y suele tener partido con las mujeres. Sentado, revuelve en el cajón de la mesa, saca varias escrituras y las examina apresuradamente.)

Edu.

¡Por fortuna no han llegado todavía! ¡Ay, gracias a Dios! Me parece que es ésta. (Pausa.) ¡Vaya un ratito que he pasado! Sí, sí, ésta es. (Consulta el reloj.) Las cinco menos cuarto y la cita es a las cinco. ¡La cita de la amante misteriosa! ¡Si llego a acordarme de las es-

crituras cinco minutos más tardel... El notario me estará aguardando y yo... (Leyendo.) Tampoco es ésta. ¡Ni sé dónde tengo la cabeza! (Abre de nuevo el cajón y saca otra escritura, guardando la anterior.) Esta. ¡Tiene gracia ir a consultar una escritura y dejarla olvidada en casa! (Levantándose.) ¡Lo que daría yo por conocer a la conquista de Gonzalo! ¡Un hombre tan soso, tan gandul, tan ignorante... y la suerte que tiene con las mujeres! Dice que es guapa, joven, elegante, aristócrata y... casada. No se puede pedir más. Vaya, ahora me olvidaba la escritura del censo. ¡Cuando digo yo que mi cabeza!... (Consulta nuevamente el reloj, se dirige a la mesa, abre el cajón, saca varias escrituras, elige una y guarda las demás.) Por fin creo que no me dejo nada. ¿Quién será esa señora? Gonzalo es el hombre de los misterios. Veo que Ramón lo ha arreglado todo maravillosamente. Limpio, perfumado, flores... té... Estaría gracioso que después de cederle el piso a un amigo para una cita amorosa y prometerle que no habrá nadie en la casa, se encontrara... (Se echa a reír y se dirige al foro.) Me marchó pesaroso, pero... me marchó. (Al llegar junto a la puerta oye que alguien pretende entrar y retrocede.) Caramba, esto sí que me contraría. ¿Quién será? Cada cual tiene su llave... ¡Malditas escrituras! (Se esconde en el pasillo. La puerta del foro se abre y entra una dama muy elegante, con sombrero y velo, que se levanta al entrar. Es la MARQUESA DE FUENTE CLARA. Cierra la puerta y viene al prescenio después de un instante de vacilación.)

MAR. ¡Cómo me ha mirado ese caballero que bajaba la escalera!... ¿Nadie? (Pausa.) No me atrevo a llamar. (Pausa.) Es raro que Gonzalo no esté aguardándome. (Se sienta. Eduardo pretende marcharse con mucha precaución, pero al ir a abrir la puerta, se le cae la llave y la Marquesa vuelve la cabeza asustada.) ¿Quién? (El queda como empotrado en la pared, sin atreverse a mirar.) ¡Gonzalo! (La Marquesa se levanta y se dirige al foro; él continúa inmóvil.) Gonzalo, ¿pero... qué haces? (Eduardo vuelve la cabeza, quedando ambos sorprendidos, nerviosos e indecisos.)

MAR.
EDU.

¡Ah!

(Pausa. EDUARDO entra en escena.)

EDU.

¿Usted, Marquesa?

MAR.

¿Usted aquí, Villarés? Pero... yo..

EDU.

Perdone usted, cómo iba a figurarme...

MAR.

(Rápido.) ¡Dios mío, me he equivocado!... pero no comprendo ..

EDU.

(Sin saber qué decir.) La ruego que me perdone. Ha sido una imprudencia de mi parte volver ..

MAR.

¡Imprudencia la mía!

EDU.

¿Viene usted a ver a Gonzalo Moncada?

MAR.

Sí, no cabe disimulo. ¡Ay, Dios mío, pero qué imprudencia! ¿Y no está aquí?

EDU.

No, Marquesa.

MAR.

Entonces, no me explico cómo usted... ¡Qué dirá usted de mí!

EDU.

¡Qué quiere usted que diga! Tranquilícese usted ante todo.

MAR.

Es que temo haber sido víctima de un engaño... ¡Fíe usted en los hombres!

EDU.

Lo ocurrido, Marquesa, es una casualidad, una verdadera casualidad, de la cual soy el único responsable.

MAR.

Sí, pero explíquese usted, porque no comprendo nada. ¿No es este el piso de Gonzalo Moncada?

EDU.

Sí.

MAR.

¿Entonces cómo creyendo encontrarle a él me encuentro con usted?

EDU.

Yo lo explicaría, pero si viene Gonzalo y me encuentra aquí... Soy un caballero y un pozo para guardar secretos, Marquesa. Siéntese usted, que Gonzalo vendrá, no puede tardar. Queda usted en su casa, nada le diga usted de mi presencia y vuelvo a rogarla que me perdone.

MAR.

¡Ah!, no, de ningún modo; no se marche usted sin explicarse y sin oírme.

EDU.

¿Y si viene Gonzalo?

MAR.

Ya debía estar aquí por razón de cortesía; sin embargo, ha consentido en que aguardara. Usted dirá que puedo marcharme, lo sé.

EDU.

No diré tal cosa.

MAR.

Lo pensará usted, que es lo mismo; pero co-

metido el pecado, precisa buscar la enmienda y no pienso salir de esta casa hasta anochecido. Además, como no quiero que forme usted mal juicio de lo que ha visto y que yo no puedo disculpar...

EDU. Jamás he de permitirme...

MAR. Sí, sí; en estos momentos me cree usted una cualquiera.

EDU. ¡Nunca!

MAR. Llevaría usted razón en creerlo, pero usted es muy correcto...

EDU. Y usted muy amable. Nada debe usted referirme, Marquesa. Soy yo quien debe disculparse. Oigame usted: Gonzalo me rogó con una insistencia que rayaba en pesadez, que por una tarde le cediera mis habitaciones...

MAR. ¿De modo que estoy en su casa de usted?

EDU. Sí, señora; está usted en mi casa, que es la de usted.

MAR. ¡Es extraordinario!

EDU. Me aseguró que se trataba de un compromiso, un verdadero compromiso, una aventura estupenda. El, como usted no ignora, vive en familia; total, que no pude negarme a conceder el favor que me pedía. Yo mismo lo he dispuesto todo y mi criado lo ha ejecutado maravillosamente. Ya ve usted: flores, té, perfume... Todo para un amigo, es decir, para la dama de sus pensamientos, porque Gonzalo, a pesar de sus defectos, piensa. ¡Ay!, perdone usted, quizá la he ofendido...

MAR. No, no; siga usted.

EDU. Una hora antes estaban en la calle mis criados con la orden de no volver hasta la noche, cuando al dirigirme a casa de mi notario, me he dado cuenta de que había olvidado las escrituras que debía llevarle, he creído tener tiempo de recogerlas, pero usted, excasivamente puntual... Perdone usted...

MAR. ¡Ojalá no hubiera venido!

EDU. ¡Ah, eso no! Yo la juro a usted, Marquesa, que no ha sido curiosidad.

MAR. Me lo imagino.

- EDU. Y prometo ser discreto, lamentando el haber sorprendido involuntariamente un secreto de su corazón.
- MAR. No dudo un momento de su caballerosidad, pero... jamás hubiera usted podido imaginarse encontrarme en su casa, ¿verdad?
- EDU. ¡Ah, no! permítame usted, en casa de Gonzalo Moncada.
- MAR. ¿En qué quedamos?
- EDU. Hoy no es mi casa.
- MAR. Sí, desde el momento que es usted quien me recibe. Si fuera esta la casa de Moncada, ¿qué duda cabe que él estaría aquí para recibirme? Por cierto que tiene usted un piso muy *chic*.
- EDU. Sencillo...
- MAR. ¿Cuántas.. perdone usted mi indiscreción, cuántas?... No, no...
- EDU. Diga usted, diga usted.
- MAR. ¿Cuántas mujeres han entrado aquí antes que yo?
- EDU. ¿Para ver a Gonzalo? Ninguna, se lo juro.
- MAR. No se acuerde usted tanto de él. Ya sé que no tengo derecho a preguntar.
- EDU. Sí, puesto que yo se lo concedo.
- MAR. Muchísimas gracias. ¿Cuántas?
- EDU. (Riendo.) Hace poco tiempo que vivo aquí.
- MAR. Veo que elude usted la respuesta. He sido indiscreta, lo comprendo.
- EDU. Si es que no sé qué responder.
- MAR. Diciendo que muchas...
- EDU. Lo que afirmo es que Gonzalo tiene más suerte de lo que yo me imaginaba, y su comportamiento.. Vamos, yo en su lugar, media hora antes, no, una hora antes, hubiera estado aguardándola impaciente, nervioso, y si se hubiera usted retrasado, pobre servicio de té y pobres muebles... y pobre de mí con los nervios que tengo.
- MAR. ¿De modo que usted?...
- EDU. Sí, señora, sí; cuando he tenido una cita, jamás tan afortunada como la de mi amigo, dos días antes ya no dormía, ni trabajaba, ni comía, pensando en la hora, en el minuto en que iba a verla, hablarla, estrecharla en mis brazos, y él... ese majadero, perdone

usted, ese amigo nuestro, tan... tan tranquilo. Le considero muy capaz de decir que le ha entretenido su mamá.

MAR. ¿Y sabe usted por qué es todo eso? Porque usted sabe amar. ¡Cada instante que pasa me arrepiento más de haberle querido! ¡Ya lo ve usted; vine a esta casa por amor!

EDU. Y es posible que se marche usted odiándole.

MAR. ¿A dónde va usted?

EDU. A echar el cerrojo a la puerta para que... si viene, tenga que llamar. (Lo hace.) Ya está. Ahora... ¿quiere usted tomar el te conmigo?

MAR. No, muchas gracias. ¡Los tés que habrá usted tomado en circunstancias parecidas!

EDU. Jamás en tan deliciosa compañía.

MAR. No le creía tan adulator.

EDU. Soy sincero, Marquesa. Usted es una mujer encantadora.

MAR. ¡Soy muy desgraciada!

EDU. ¿Por qué?

MAR. Mi marido no me ha querido nunca y cuando creía ser amada... ¡ya ve usted qué engaño!

EDU. ¿Quiere usted que la diga la verdad? Gonzalo no es hombre para enamorar a una mujer como usted. Usted es digna de algo más, de un hombre apasionado, tierno, romántico, con experiencia de la vida, posiblemente un hombre que viva solo...

MAR. (Rápido.) Sí, y que tenga un piso confortable...

EDU. ¿Por qué no?

MAR. Vamos, usted se ha dicho... la casualidad ha traído a mi casa a una mujer que tiene toda mi simpatía, casada con un hombre a quien no puede amar y enamorada de un muchacho que ha dado pruebas de no quererla. ¿Por qué no he de ocupar yo su puesto? No soy despreciable, soy enteramente libre, tengo un pisito muy mono, tengo confort, experiencia de la vida... hay que atreverse, ¿no es esto lo que usted ha pensado? (La Marquesa instintivamente hojea un album que estará sobre la mesa.)

EDU. Algo de eso he pensado, la verdad, porque es un dolor que una mujer como usted se

vea abandonada. Usted merece más, mucho más, por lo menos merece usted un amor constante.

MAR.

No existe.

EDU.

¡Quién sabe!

MAR.

¿Usted? ¿Usted es capaz de ese amor?

EDU.

Yo, Marquesa.

MAR.

A ver, a ver, dígame usted ¿quién es esta belleza? (Por un retrato del albino.) Es una mujer guapísima.

EDU.

Ideal.

MAR.

¿Vive en Madrid?

EDU.

No. Es una aventura...

MAR.

¿La quiere usted mucho?

EDU.

¡Fue un amor romántico!

MAR.

¿Fue? ¡Ah, de modo que ya no se quieren ustedes? ¿Dónde está la constancia de su amor?

EDU.

¿Tiene usted interés en conocer la historia de esos amores?

MAR.

Ya lo creo. No puedo salir de aquí todavía... en algo hay que pasar el rato.

EDU.

Pues óigala usted. La conocí hará tres años próximamente. Viajaba yo entonces por Escocia en uno de esos vaporcitos que atraviesan el Canal de Caledonia. Era el atardecer de un día de verano y ella y yo sobre cubierta, apoyados en la barandilla de popa contemplábamos el hermosísimo paisaje que comenzaba a iluminar la luna.

MAR.

Indudablemente es usted un romántico.

EDU.

Me refirió toda su historia que era muy triste, pero jamás quiso decirme su nombre. Al separarnos, la pedí un recuerdo de aquellos días y me dió su retrato.

MAR.

¿Y no ha vuelto usted a verla?

EDU.

Jamás. Una noche, al llegar a mi casa, me encontré en mi habitación una carta muy perfumada que decía: «Niza, 8 de Junio. Hotel de las Palmeras. Mi nunca olvidado amigo: No ha sido posible borrar de mi imaginación aquellos días que pasamos juntos a bordo de un vaporcito en Escocia. Venga usted a despedirse antes de que yo muera. Wanda Karsivana.» ¡Acababa de cumplir un año que nos habíamos conocido! Tomé

el tren, y al llegar al Hotel, ya no existía. Allí averigué que su esposo, un príncipe ruso, la había abandonado y que durante su vida fué muy desgraciada.

MAR. ¡Qué grato es pensar que tal vez murió de amor por usted!

EDU. Es indudable que murió pensando en mí. Fué un amor ideal, romántico, un amor... sin amor, pero... ¡ya lo ve usted, con ser hombre y teniendo cierta fama de invulnerable, no supe evitar una lágrima!

MAR. ¿Una sola? Es lo menos que podía usted conceder.

EDU. Una, pero... de corazón.

MAR. Realmente, tiene usted fama de invulnerable.

EDU. Es una fama muy injusta, Marquesa. No envidio esos temperamentos fríos, indiferentes a todo sentimiento de amor. Dicen los poetas que el amor es la vida y el romanticismo la esencia del amor, el arte de la vida. Yo, algunas veces soy realista, muy realista, otras... vivo en un mundo ideal, pero la aseguro a usted que cuando usted me mira con esos ojos, vuelvo del mundo ideal a una realidad encantadora. La vida en sí es seca, brutal, positivista y el amor y el romanticismo, la hacen agradable, dulce, simpática. Yo no soy egoísta como muchos; quiero a la mujer para que haga mi felicidad, pero me preocupo de la suya al propio tiempo.

MAR. Ya sabía que es usted un conquistador refinado.

EDU. Con la cruda realidad no se conquista nunca un corazón femenino.

MAR. Es cierto, sí, las mujeres necesitamos amor, pero no un amor seco, brutal, egoísta, necesitamos amor delicado, engaño, coquetería, en una palabra, precisa pintárnoslo todo mucho más hermoso de lo que es en realidad. La mujer en su vida íntima, vive encerrada en la prosa y en cuanto puede, quiere trasladarse, con alas de alegría, a un mundo ideal; por eso precisa para que ella lo entienda, hablarla también en ideal.

EDU. Exactamente.

MAR. Y ahora que usted y yo hemos volado por el espacio durante unos momentos, volvamos a la realidad de la vida y dígame... ¿Si alguien le pidiera a usted que rompiera esa fotografía, lo haría usted? (Señala el album de retratos.)

EDU. No, Marquesa, jamás.

MAR. (Con coquetería.) ¿Y si yo se lo pidiera?

EDU. Jamás. (Pausa.)

MAR. (Insistiendo.) Sin embargo, no ha sido su novia, ni su amante, ni han tenido ustedes íntima relación ..

EDU. Cuando el amor ha podido saborearse, muchas veces se olvida, pero cuando ha sido forzoso olvidarlo, vive eternamente.

MAR. ¿Y si yo tuviera mucho interés?

EDU. ¿Cómo puede usted tenerlo?

MAR. Es una suposición.

EDU. (Tras breve pausa.) Tampoco. Diría que son celos y...

MAR. (Rápido.) Eso nunca. Celos... ¿de qué?

EDU. Entonces sospecharía que la Marquesa de Fuente Clara pretende jugar con mis sentimientos, que quiere saber hasta dónde puede llegar la cobardía de un hombre, que quiere obligarle a faltar a una promesa y por último, que quiere humillarle, haciéndole aparecer mezquino, ridículo, bajo, para burlarse de él y despreciarle después. No, Marquesa, se equivoca usted, eso... lo hace otro cualquiera, yo no. Soy un hombre que sabe conservar los recuerdos y que sabe amar cuando se lo propone.

MAR. Eso es precisamente lo que quería oír de sus labios, así debe ser un hombre: fiel al recuerdo imborrable de una mujer. ¡Qué lástima que!..

EDU. ¿Qué iba usted a decir?

MAR. Nada.

EDU. Que no sea así Gonzalo, ¿no es esto?

MAR. Sí.

EDU. ¿Tanto le ama usted?

MAR. (Resuelta.) Ya no. Y ahora sí que me marcho, que ya empieza a oscurecer... (Eduardo da la luz.)

- EDU. Usted me ha rogado antes que me quedase, ahora soy yo quien se lo ruega. Usted me dijo que no llevaba prisa.
- MAR. ¡Por qué he de llevarla si al llegar a casa tampoco he de encontrar amor! ¡Todos, todos los hombres son iguales!
- EDU. Todos, no.
- MAR. (Con amarga sonrisa.) ¡Es verdad, unos engañan mejor que otros!
- EDU. No se sonría usted.
- MAR. ¡No sonríe de alegría! ¡Cuántas veces, la tristeza nos hace reír también! ¡Las mujeres como yo son muy desgraciadas, créalo usted, alegres por fuera, pero tristes por dentro! Me casé contra mi voluntad con un hombre que no me ha querido nunca. ¡Si los padres supieran lo que hacen cuando tratan de casar a los hijos! Mi marido es rico, muy rico y muy noble, pero... de pergaminos, de alma... ¡un miserable! Yo vivo casi sola, sin nadie a quien contar mis penas, con quién compartir mis pequeñas alegrías. Los hombres me siguen en la calle, me rodean en los bailes, me hablan en los teatros... ¡la tentación es constante! ¿Soy yo culpable de lo que ocurre? Pero... ¡a qué entristecernos!
- EDU. ¡Por qué no la habré conocido a usted antes! Quiero su amistad.
- MAR. Ya la tiene usted.
- EDU. Pido más, pido... su amor.
- MAR. Eso no se concede: se gana.
- EDU. Procuraré ganarlo. ¿Puedo esperar que vendrá usted de vez en cuando a esta casa... a hablar de romanticismo?
- MAR. ¿Me promete usted no parecerse a la mayor parte de los hombres?
- EDU. ¿Cree usted que me parezco?
- MAR. De palabras no, de hechos... allá veremos. (Se oye ruido en la puerta. Los dos quedan sorprendidos y suspensos.)
- EDU. ¡Gonzalo! ¡Qué oportunidad de hombre! ¡También pudo tardar un ratito más!
- MAR. (En broma.) ¿Le parece a usted poco? (Ella se dirige al foro.)
- EDU. ¿A dónde va usted?

- MAR. ¿Que a dónde voy? A decirle... que por esta vez ha llegado tarde.
- EDU. (Besándola la mano.) ¡Ah, Marquesa!
- MAR. Cuidadito, cuidadito, no cerra usted tanto.
- EDU. Dígame usted antes que empieza a quererme.
- MAR. Pero... ¿no lo ha conocido usted? (Vase por el foro precipitadamente, cerrando tras sí la puerta.)
- EDU. ¡Gracias, Gonzalo, muchísimas gracias, eres mi mejor amigo!

FIN DEL DIÁLOGO

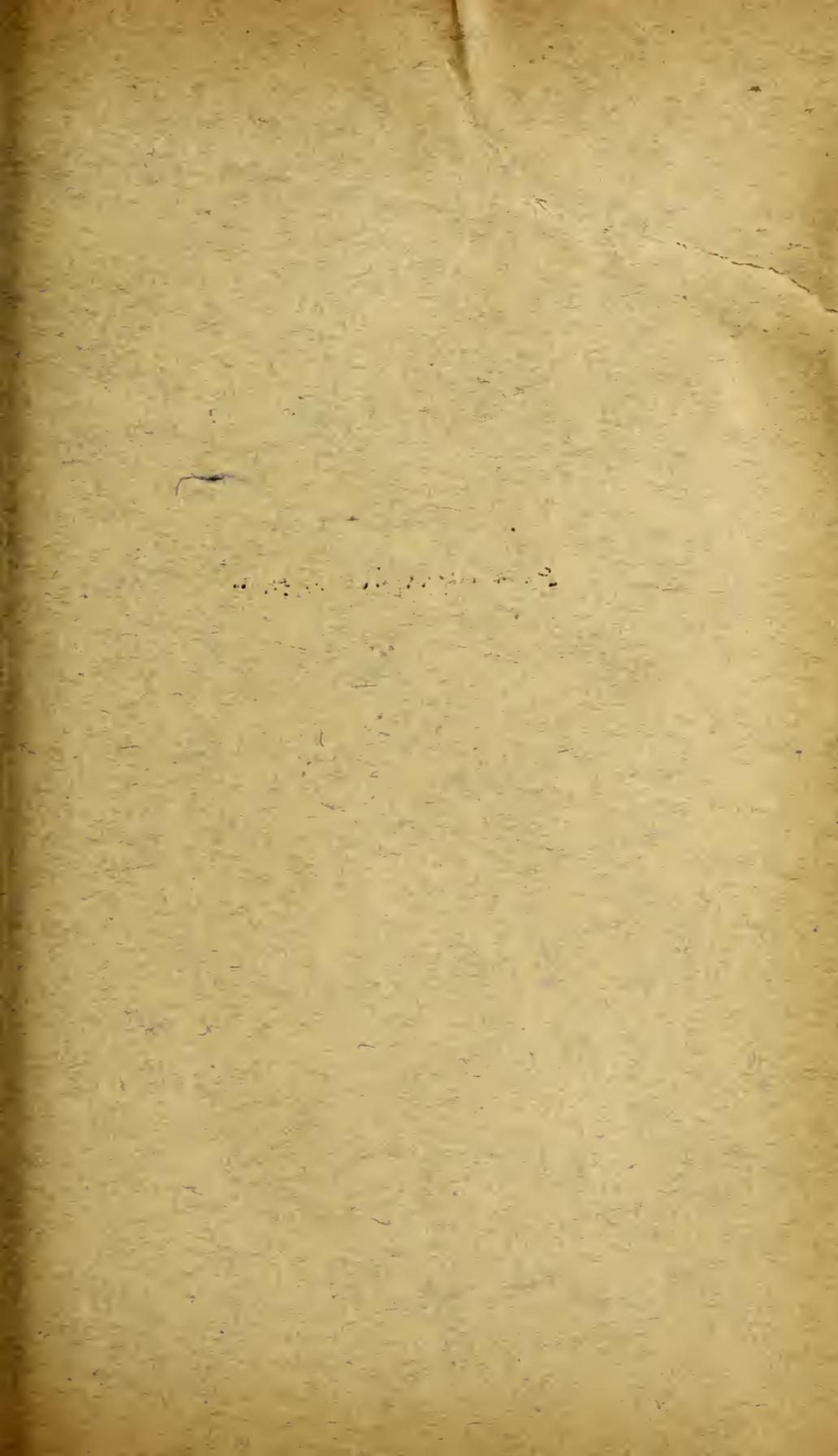
Obras de Alejandro P. Maristany

- El Príncipe Sergio*, drama en cinco actos, traducido del francés.
- La confusión*, comedia en cuatro actos, traducida del alemán.
- Romper el hielo*, comedia en un acto.
- Barrer para adentro*, comedia en un acto (Segunda edición.)
- La juventud*, comedia en tres actos, traducida del francés.
- La muñeca eléctrica*, juguete cómico en tres actos
- Los de Belmonte*, alta comedia en cuatro actos.
- Tratado de paz*, boceto de comedia en un acto.
- Sólo para hombres*, monólogo en prosa y verso.
- Los hipócritas*, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
- Las máscaras*, comedia dramática en cuatro actos, traducida del inglés. (2)
- Las murallas de Jericó*, alta comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (Segunda edición.)
- La muñeca eléctrica*, juguete cómico en dos actos (refundido).
- Los manirrotos*, juguete en un acto.
- La hija*, comedia en cuatro actos, traducida del francés (3)
- El triunfo de los filisteos*, comedia satírica en tres actos, traducida del inglés. (1)
- Los embusteros*, comedia en cuatro actos, traducida del inglés. (1)
- El ángel rebelde*, comedia en tres actos.
- La mujer del arquitecto*, comedia en tres actos, arreglada del francés. (3)
- Los regalos*, entremés en un acto.
- La conquista del amigo*, diálogo en prosa.

(1) En colaboración con D. Salvador Vilaregut.

(2) Idem con D. J. Fabré y Oliver.

(3) Idem con D. Eduardo Giraudier.



Precio: UNA peseta

50 %